

ANTE EL 30 DE NOVIEMBRE

DOMESTICACION

El próximo 30 de noviembre se celebra el «Día del Emigrante». La verdad es que al español medio, al español situado, le preocupa poco o nada la suerte del emigrante, cuyos problemas —como acertadamente ha señalado el cardenal Bueno Monreal— le pasan inadvertidos, a causa precisamente de su ausencia. «Ojos que no ven...» Y, sin embargo, el problema sigue ahí, «punzando las carnes de España», en frase del subdirector nacional de Migraciones. Claro que cabría preguntarse: ¿de qué España?

Si a la cifra oficial de 1.165.000 obreros españoles en Europa, añadimos la de aquellos que han emigrado más o menos fuera de los cauces oficiales, es muy posible que alcancemos al millón y medio de españoles trabajando en Europa: hombres y mujeres de nuestra tierra que han tenido que buscar en el extranjero el pan que se les niega en su patria. Y esto no es demagogia, sino simple comprobación de hechos.

No es fácil analizar objetivamente los problemas del emigrante en Europa. Y no es fácil, porque estos problemas adquieren matices muy diferentes en cada país y aun en cada región. Lengua, costumbres, educación, legislación laboral, todos estos elementos se entremezclan de manera muy diversa y compleja, hasta tal punto que toda generalización sociológica pueda resultar superficial y engañosa. Por eso, aquí me limitaré a esbozar un problema concreto de una determinada categoría de trabajadores en un determinado país; creo que ésta es la única manera de penetrar con honradez en la problemática del emigrante.

Hoy por hoy, Bélgica ha cerrado prácticamente las puertas a la inmigración extranjera. Tan sólo una categoría de trabajadores son admitidos con una cierta facilidad: las muchachas de servicio. Son muchos los centenares de mujeres españolas que sirven, en calidad de internas, en los hogares belgas.

Ante todo, la muchacha de servicio se encuentra obligada a penetrar en un mundo distinto al suyo de origen, el mundo de la burguesía (clase rica o media acomodada). Naturalmente, esta intrusión es controlada y condicionada fuertemente por los «señores», que imponen a la sirvienta los esquemas de su servicio. Estos esquemas abarcan desde los detalles externos más ínfimos hasta el campo en que puede moverse la personalidad interior de la muchacha. No sólo se la impone un determinado ceremonial externo (vestido que ha de llevar, modo de comportarse, de servir, cómo hablar o responder a las visitas, etcétera), sino que se controla estrictamente su tiempo y hasta se tiene por normal la violación corriente de su vida privada (sus relaciones, cuándo sale y cuándo entra, a dónde va, qué tiene en su cuarto, etc.) Este sistema de control, externo e interno, supone una auténtica mordaza de despersonalización, que conduce a una verdadera castración interior de la sirvienta: sus pensamientos no interesan, sus sentimientos no cuentan, sus opiniones están de sobra. Todo lo que sea una expresión de la sirvienta como persona, todo lo que sea manifestación de su propia interioridad, le está vedado en este ambiente. Con ello, la muchacha de servicio es manipulada como alguien que sirve a un ambiente sin desdecir de él, pero en el que le está prohibido integrarse.

Este proceso de domesticación despersonalizante provoca una hecatombe psíquica en la muchacha de servicio. Los cauces normales del desarrollo humano están clausurados para ella. Más aún: antiguamente, la muchacha de servicio podía encontrar un sustitutivo emocional a su vida como persona en la educación de los hijos de la familia en que servía; es el fenómeno de la tradicional nana o niñera española, que llegaba a compenetrarse con los hijos más que la propia madre. El desarrollo pedagógico

actual hace que este sustitutivo sea cada vez menos corriente. De ahí que la muchacha, coartada en la expresión de su vida íntima, empiece a forjar todo un mundo de escape: emociones incontroladas, cambio frecuente de casa —a la búsqueda inconsciente de un servicio personal—, romanticismo soñador, amores efímeros. Al trabajar y vivir en un ambiente sin formar parte de él, y dado que los contactos que mantiene con su propio ambiente son —a causa de su trabajo— superficiales y esporádicos, la muchacha de servicio se encuentra de hecho sin ningún apoyo social. ¿Qué de raro entonces la hipertrofia de sus problemas afectivos? ¿Qué de sorprendente en el número cada vez mayor de entre ellas que se quedan solteras —con la frustración terrible que esto implica en el marco de la educación que han recibido? ¿Qué de extraño que muchas de ellas acaben, de una manera más o menos solapada, en la prostitución?

He aquí, someramente apuntado, el problema de algunos emigrantes. Añádase a todo esto la ruptura con su nación de origen y, en muchos casos, la ruptura familiar, la miseria de los recursos culturales que se han puesto en sus manos, el desprecio más o menos manifiesto que el indígena muestra por el trabajador humilde extranjero, y empezaremos a comprender un poco el foso angustioso en que se encuentran hundidos, de una manera u otra, un gran número de emigrantes.

¿Soluciones? Las hay, pero todavía embrionarias. Ciertamente, es el propio trabajador quien ha de buscar un remedio a sus problemas. A nosotros nos queda el esfuerzo por salir de nuestra «buena conciencia» y, cuando menos, el no imposibilitar su lucha reivindicativa. Es decir, el no seguir colaborando, aunque no sea más que con nuestra ignorancia y nuestra indiferencia, a una situación cuya injusticia clama al cielo.

IGNACIO MARTIN-BARO

Diario Regional . 28 - Nov. - 1969